

Carmen Gómez y el consorcio de digitalización de prensa vasca

Víctor Sanz Santacruz*

Conocí a Carmen Gómez en el año 2000, pocos meses después de mi nombramiento como director de la Biblioteca de la Universidad de Navarra. Acudí al Palacio Zulueta, en el Paseo de la Senda, donde tenía entonces su sede la Fundación Sancho el Sabio. La impresión que causaba al visitante el elegante edificio ocultaba las incomodidades y estrecheces que ofrecía para la gestión y organización internas, como tuve oportunidad de comprobar cuando me mostraron las instalaciones. Pero el invitado no padece esos aprietos y solo valora la vistosa presencia de un palacete de principios de siglo XX de porte señorial y buen gusto, en un entorno que lo realza aún más.

El motivo que me llevaba a Vitoria era un proyecto de digitalización del fondo hemerográfico vasco-navarro que varias bibliotecas del País Vasco, coordinadas por la Fundación Sancho el Sabio, habían iniciado unos años antes y al que recientemente se había incorporado nuestra Biblioteca. Ya en esa primera reunión pude apreciar el empuje y capacidad de gestión que suponía sacar adelante un proyecto que requería un seguimiento y coordinación de las instituciones participantes no exento de dificultades y buenas dosis de espíritu pionero para acometerlo con los precarios medios con que se contaba, así como para solventar las limitaciones de una tecnología que estaba aún dando sus primeros pasos. Sin embargo, eso no parecía arredrar a quienes se encontraban allí reunidos. Se les veía a todos convencidos de que era lo que tenían que hacer, y por eso lo hacían. Destacaba la personalidad de Carmen Gómez, que coordinaba el proyecto y que, además de competencia técnica, mostraba dotes persuasivas y dominio de la situación. Era una mujer que sabía lo que quería y poseía indudable capacidad de liderazgo. Sospeché entonces que ese proyecto no padecería la enfermedad endémica de muchas revistas de poesía, que en su andadura apenas logran superar el segundo o tercer número, sino que estaba destinado a perdurar en el tiempo. Así ha sido, pues el proyecto continúa en vigor, y en buena medida se lo debemos a Carmen.

Una curiosa peculiaridad del consorcio de digitalización de prensa, como se le solía denominar, era que, en realidad, no estaba oficialmente constituido como consorcio y, a pesar de algunos intentos de normalizar

* Universidad de Navarra.
vsanz@unav.es

la situación y dotarle de cobertura legal y personalidad jurídica, por encima de todo era y continúa siendo “un pacto de damas y caballeros”, en expresión que le gustaba emplear a Carmen. Al escuchar esa expresión, que pronunciaba pausada y solemnemente y que ha quedado recogida en las palabras de agradecimiento de un Trabajo Fin de Máster sobre el consorcio¹, se apaciguaban los ánimos y se zanjaban las acaloradas y –por qué no decirlo– habituales discusiones que no impedían, y eso es otro aspecto que me sorprendió agradablemente, que prevaleciera por encima de todo la amistad, el empeño profesional por sacar adelante el proyecto y también el hecho innegable de que lo pasábamos muy bien, sin dejar por ello de discutir. Quizá no sea muy aventurado afirmar que, sin excluir otras razones, a veces daba la impresión de que se discutía para pasarlo bien.

A vuelo de pájaro, me limitaré a aludir, entre otros muchos que se podrían elegir, a tres rasgos de la personalidad de Carmen que expongo a continuación con el deseo de que sirva de homenaje lleno de afecto hacia su persona y de reconocimiento por el magnífico trabajo realizado en la Fundación Sancho el Sabio.

Una impaciencia paciente. Puede dar la impresión de que se trata de una paradoja o un simple juego de palabras, pero expresa también, con las limitaciones que ofrece el lenguaje cuando trata de reflejar la riqueza interior de una persona, esa disposición para conjugar la premura, que exige agilidad y capacidad de actuar y reaccionar con rapidez, con la persistencia que no cesa hasta conseguir el objetivo, sin caer en el desánimo o en un pesimismo derrotista ante la magnitud de los obstáculos. Si se examina someramente lo que en sus 25 años al frente de la Fundación Sancho el Sabio ha logrado Carmen sacar adelante, se puede entender lo que quiero indicar con esa expresión aparentemente contradictoria. Su optimismo no es ingenuo ni ignora las dificultades, sino que pasa a través de ellas y las supera, y por eso resulta contagioso, animante e incluso adictivo.

Un carácter fuerte. No se puede negar que Carmen es una persona de genio; pero cualquiera que la conozca reconocerá también que tras él se esconde un corazón de oro y una disposición a escuchar y a rectificar cuando sea necesario. Es curioso cómo el lenguaje, con su tendencia a incorporar lo que el subconsciente nos sugiere, ha sustituido en el habla corriente la explicitación de la expresión “carácter fuerte” simplemente por “carácter”. Basta decir de cualquiera que es “una persona de carácter” para que se entienda que se trata de un carácter “fuerte”.

1 Enrique Uriarte Gonzalo-Bilbao, *Preservación digital de ficheros máster de prensa actual. El caso del consorcio de Digitalización de Prensa Vasca*. Trabajo Fin de Máster, Facultad de Humanidades, Comunicación y Documentación, Universidad Carlos III de Madrid, 2013. Accesible en: https://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/17889/uriarte_preservacion_TFM_2013.pdf?sequence=2

En cambio, de quien posee un carácter débil es preciso señalar de modo explícito esta debilidad para que quede claro lo que se quiere decir. Pero fuerte no significa duro, ni agresivo, ni mucho menos intolerante o impasible. La fortaleza no estriba en ejercer la violencia contra los demás, sino en luchar contra sí mismo y vencer las propias insuficiencias, sencillamente para hacer también fuertes a los demás y enseñarles a superarse.

La sabiduría de formar un equipo. En la antigüedad clásica, sabiduría no se entendía solo como conocimiento teórico y abstracto, sino como un saber hacer en la práctica. Formar un equipo implica seleccionar muy bien a los colaboradores, contar con ellos, mantener y reforzar a lo largo del tiempo esa misteriosa cohesión que es el secreto del éxito. Son tres aspectos que no se pueden desligar y menos aún dar por supuestos, pues requieren una delicada sensibilidad para conocer a las personas y prestarles atención de continuo, así como el dominio del difícil arte de hacer de un equipo mucho más que la suma de sus miembros, obteniendo de cada uno lo mejor de sí. Podríamos pedir a Jesús Zubiaga, Charo Martínez y a los demás colaboradores suyos durante estos años que nos explicaran cómo se ejerce esa sutil sabiduría que hace del trabajo en común –sin obviar las inevitables dificultades, crisis y conflictos– una oportunidad de enriquecimiento mutuo y de satisfacción personal que con frecuencia desemboca en la amistad.

Precisamente es la amistad, sin olvidar la admiración por su capacidad de trabajo y los logros obtenidos, lo que me ha llevado a escribir estas líneas sobre Carmen Gómez con toda mi mejor intención y muy probablemente poco acierto. Pero la amistad todo lo consiente y disculpa y espero que en este caso me haya hecho también acreedor a su generoso perdón por mi atrevimiento. De todo corazón, ¡gracias, Carmen!